

camino los que iban con los que venian, y eran objeto recíproco de espanto, y de triste preludio acerca del término adonde cada uno de ellos se dirigia. Proseguian, sin embargo, su viaje, si no por la esperanza de mudar de suerte, á lo ménos para no volver bajo un cielo odiado, y no ver otra vez aquellos parajes de dolor y desesperacion, ménos alguno que, extenuado por el hambre, espiraba en el camino, quedando allí como muestra aun más funesta para sus compañeros de infortunio, y como objeto de horror, y quizá de reconvencciones para los demas pasajeros. « Yo vi, dice Ripamonti, en el camino, al rededor de los muros, el cadáver de una mujer... Salíale de la boca hierba medio roida, y sus asquerosos labios hacian, al parecer, todavía nuevos esfuerzos de rabia. Tenía en los hombros un pequeño lio, y colgado del cuello con la faja á un niño que con sus vagidos pedía el pecho... Algunas personas compasivas que llegaron, recogieron á la infeliz criatura, llevándosela con el fin de buscar quién tomase á su cargo llenar con ella los deberes de madre. »

Ya no se veía aquella contraposicion de galas y de andrajos, de superfluidad y miseria, objetos tan comunes en los tiempos ordinarios: casi todo era ya miseria y andrajos, y si aun alguna distincion se notaba, era sólo la de una frugal medianía. Presentábanse los nobles y ricos con trajes sumamente modestos, y aun miserablemente vestidos algunos, porque las causas generales de la calamidad habian cambiado hasta aquel extremo su fortuna, ó arruinado del todo fortunas ya decadentes, y otros porque quizá temerian provocar con el fausto la desesperacion pública, ó se avergonzarian de insultarla en tan espantosa situacion. Los prepotentes, que tan altivos paseaban en otro tiempo las calles con una ostentosa comitiva de bravos, marchaban ahora solos, cabizbajos, y casi en ademan de pedir misericordia. Otros, que aun en la prosperidad habian manifestado principios más humanos, estaban ahora confusos, consternados y sobrecojidos al ver una serie de males que excedia no sólo á la posibilidad del alivio, sino casi á las fuerzas de la misma

conmiseracion. El que tenía medios de socorrer se veía en la triste necesidad de distinguir entre hambre y hambre, y apenas una mano piadosa se dirigia á la de un desgraciado, cuando se hallaba cercada de otros mil infelices: los que conservaban más fuerzas se adelantaban á pedir con más instancia; los extenuados, los viejos y los niños levantaban sus descarnadas manos, y las madres desde léjos enseñaban sus tiernas criaturas, que, llorando y mal envueltas en andrajosas mantillas, estaban casi espirando en sus trémulas manos.

Así se pasó el invierno y la primavera, y ya habia algun tiempo que el tribunal, ó Junta de sanidad, haciendo presente á la de provisiones el peligro de contagio que amenazaba la ciudad de resultas de tanta miseria aglomerada en toda ella, habia propuesto que los mendigos vagabundos se reuniesen en diferentes hospicios. Miéntras se ventilaba el proyecto, miéntras se aprobaba, y se convenia en los medios, en el modo y en los parajes para realizarlo, se aumentaba cada dia más en las calles el número de los cadáveres, y con ellos crecía el conjunto de lástimas, consternacion y peligro. Entretanto, en la Junta de provisiones se propuso, como más fácil y más expedito, otro proyecto, reducido á reunir todos los mendigos sanos y enfermos en un punto sólo, como el Lazareto, para alimentarlos allí, y curarlos á expensas de la ciudad, y así se acordó contra el dictámen de la Junta de sanidad, que sostenia que con una reunion de aquella clase se aumentaria el riesgo que se trataba de atajar.

Por si casualmente esta historia llegase á manos de quien no tenga noticia del lazareto de Milan, vamos á dársela en resúmen. Este edificio se reduce á un recinto cuadrilátero, y casi cuadrado, saliendo de la ciudad á la izquierda por la puerta llamada Oriental, y separado del Baluarte el espacio del foso, de una calle de circunvalacion y de otro foso que corre todo al rededor del mismo recinto. Los dos lados mayores tendrán unos quinientos pasos comunes, y los otros dos quince ménos. Todos por la parte que mira afuera están divididos en celditas de un solo piso, y al rededor de tres de ellos,

corren por la parte interior unos portales en bóveda, sostenidos sus arcos con mezquinas columnas. Al principio las celdas eran doscientas ochenta y ocho; pero en el día hay algunas ménos, de resultas de una grande abertura hecha en el medio, y otra más pequeña en un costado por la parte que linda con el camino real. En tiempo de nuestra historia habia solamente dos entradas, la una en el medio, por el lado que corresponde á la muralla de la ciudad, y la otra en el frente opuesto.

En el centro, que todo está despejado, existía y existe todavía una capilla octangular. El primer destino de este edificio, que se empezó en 1489 con los caudales de una manda, y se continuó luégo con los del público y de otras mandas y donativos particulares, fué, como lo indica el nombre, el de acoger, cuando lo exigiese la necesidad, los enfermos de peste, que ya mucho ántes de aquella época solia parecer, y continuó pareciendo por algun tiempo, dos, cuatro, seis y hasta ocho veces cada siglo, ya en un país, ya en otro de Europa, y ya corriéndola toda de una á otra extremidad. En la época á que nos referimos, el Lazareto sólo servia de depósito para las mercancías sujetas á cuarentena.

Para aplicarlo entónces al objeto acordado, se quebrantaron las reglas establecidas, sacando las mercancías ántes de tiempo, despues de haberlas fumigado, y purificado apresuradamente. Se mandó tener paja en todas las celdas, se hizo provision de víveres del mejor modo posible, y se convidó por medio de edictos á todos los pordioseros á ocupar este asilo.

Muchos concurrieron gustosos; lleváronse allá todos los enfermos que gemian en las plazas y las calles, y al cabo de pocos días pasaban de tres mil entre unos y otros los que se hallaban en el Lazareto: sin embargos eran mucho más los que quedaban fuera; bien fuese porque cada uno aguardaba á que se marchasen los otros para quedar en menor número á disfrutar las limosnas, bien por la repugnancia natural á la reclusion, ó por aquella desconfianza con que miran los pobres todo lo que les propone el que tiene riquezas ó poder

(desconfianza que siempre está en proporcion de la ignorancia de quien la experimenta, y de quien la inspira, del número de los pobres, y de la falta de tino en las órdenes), bien fuese por no conocer la clase de beneficio que se les ofrecia, bien por todas éstas causas juntas, lo cierto es que la mayor parte, no haciendo caso del ofrecimiento, continuaban vagueando miserablemente por la ciudad. En vista de esto, se acordó que en lugar de la invitacion se emplease la fuerza, y en su consecuencia se comisionaron esbirros para que echasen los pordioseros al Lazareto, llevando atados á los que se resistiesen, y se les señalaron doce sueldos de gratificacion por cada pobre que de esta manera sacasen de la ciudad: ¡tan cierto es que en los grandes apuros se hallan siempre caudales del público para emplearlos desafortunadamente! Y aunque, según habia conjeturado, ó por mejor decir, obrado de intento la Junta de provisiones, cierto número de mendigos abandonase la ciudad para ir á vivir, ó á morir á lo ménos en libertad, no obstante fué tal la caza de los esbirros, que á poco tiempo llegaron los recogidos entre huéspedes y presos á unos diez mil.

Queremos suponer que las mujeres y los niños se pondrian con separacion; pero las memorias de aquellos tiempos nada dicen acerca de este particular. Es de creer que tampoco faltarian disposiciones y reglas para el buen orden; pero figúrese cualquiera qué orden podia establecerse y conservarse, especialmente en aquellos tiempos y aquellas circunstancias, en tan grande y variado conjunto de personas, en donde se hallaban con los voluntarios los forzados; con aquellos para quienes el mendigar era una necesidad violenta y penosa, otros para quienes era una costumbre y un oficio; con los que se habian educado en la honesta laboriosidad de los campos y los negocios, otros muchos criados en la ociosidad, los desórdenes y los vicios, y entre la chusma de bravos acostumbrados á toda clase de infamias, violencias y asesinatos.

Cuáles podian ser luégo su albergue y sus alimentos fuera

fácil conjeturarlo, aun cuando no tuviésemos las noticias positivas que tenemos. Dormían amontonados á veinte y treinta en cada celdilla, ó echados debajo de los portales sobre un monton de paja fétida y hedionda, ó en el duro suelo, pues aunque se habia mandado que la paja fuese fresca, no escasa, y que se mudase con frecuencia, era poca, mala, y jamas se renovaba. Había igualmente orden para que el pan fuese de buena calidad, porque ¿cuál es el asentista á quien jamas se le haya dicho que fabrique y entregue géneros malos? Pero lo que en circunstancias ordinarias apenas hubiera podido conseguirse en una empresa ménos vasta, ¿cómo era posible conseguirlo en aquel caso, y en tanta baraunda? Se dijo entonces, y se encuentra en las memorias contemporáneas, que en el pan del Lazareto iban mezcladas sustancias pesadas y no alimenticias, y demasiado es de creer, viendo lo que suele pasar aun en nuestros dias, que no sería esta queja sin fundamento. Hasta falta de agua habia, digo de agua saludable, pues el depósito comun sería probablemente el arroyo que baña la muralla del recinto, cuya escasa corriente, lenta y aun pantanosa, vendria luégo á ser lo que era preciso que fuese con el uso y la intermediacion de tan grande muchedumbre.

Á todas estas causas de mortandad, tanto más activas, cuanto obraban sobre cuerpos enfermos, ó dispuestos á estarlo, hay que añadir la irregularidad de la estacion por haber sobrevenido, despues de copiosas y obstinadas lluvias, una sequedad todavía más obstinada, y con ella un calor anticipado y violento. Agregábanse á los males el sentimiento de los mismos males, el fastidio, la indignacion de aquella esclavitud, el deseo de volver á los antiguos hábitos, el dolor por amigos y parientes perdidos, la memoria de otros ausentes, la repugnancia y aversion recíproca, con otras pasiones de abatimiento ó de rabia, llevadas ó nacidas en aquel recinto. Añádase ademas la aprension y el cuadro continuo de la muerte que tantas causas ocasionaban, siendo ella misma otra nueva y la más poderosa de todas.

Y no debe causar admiracion que la mortandad creciese y reinase allí en tanto grado, que adquiriese la apariencia, y por algunos el nombre de peste, bien fuese porque la reunion y el aumento de todas aquellas causas aumentasen tambien la actividad de una influencia puramente epidémica, bien fuese (como parece que suele suceder en carestías ménos grandes y prolongadas que aquella) porque hubiese un verdadero contagio, el cual en los cuerpos predispuestos por la inercia y la mala calidad de los alimentos, la intemperie, el desaseo y las penalidades, encontrase la estacion adecuada y las condiciones necesarias para nacer, nutrirse y multiplicarse (si es permitido á un ignorante usar de estas palabras, siguiendo la hipótesis propuesta por algunos físicos, y sostenida de nuevo con muchas razones y gran moderacion por un escritor no ménos sabio que ingenioso) (1), bien fuese porque el contagio se desarrollase ántes en el mismo Lazareto, como parece, segun una oscura é inexacta relacion, que opinaron los médicos de sanidad, ó bien fuese porque existiese ántes y encubierto se fomentase (lo que parece más verosímil, si se reflexiona cuán antiguo y extenso era el mal y frecuentes las muertes) y llevado al Lazareto, se propagase allí con una nueva y espantosa rapidez por la aglomeracion de los cuerpos, todavía más predispuestos á recibirlo, á consecuencia de la eficacia que aumentaban las demas causas; de todos modos, cualquiera que de estas conjeturas sea la verdadera, el número diario de los fallecidos pasaba de ciento.

Mientras allí todo era angustia, penas, lamentos, ira y consternacion, reinaba en la junta de provisiones la vergüenza, el aturdimiento y la incertidumbre. Se consultó á la junta de Sanidad, y oido su dictámen, no quedó otro partido que tomar, sino el de deshacer lo que se hizo con tanto aparato, tantos gastos y tantas incomodidades. Abrióse el Lazareto, y se dió suelta á todos los pobres en estado de marcharse, los

1. *Del morbo petequial, y otros contagios en general.* — (Obra del Dr. A. Enrique Acerbi.)

cuales echaron á correr con un gozo frenético. Volvió á sonar en la ciudad el antiguo clamor, pero más débil é interrumpido: ¡tan disminuida se hallaba aquella desgraciada muchedumbre! Los enfermos fueron trasladados á Santa María de la Estrella, hospital entónces de mendigos, donde pereció la mayor parte de ellos.

Empezaban en tanto á enrojarse aquellas benditas y ansiadas espigas. Los pobres del Condado salieron y marcharon cada uno por su lado á disponerse á la siega. Despidiólos el buen Cardenal con un nuevo esfuerzo y un nuevo rasgo de caridad, mandando dar un *julio* (moneda de plata del valor de cinco reales) y una hoz á cada jornalero.

Con la cosecha cesó por fin la carestía: sin embargo, la mortandad epidémica ó contagiosa, descendiendo de día en día, llegó hasta el otoño, que ya estaba en su término, cuando descargó sobre el país un nuevo azote.

En este intermedio habian ya sucedido muchas cosas á las cuales se da particularmente el nombre de históricas. El cardenal Richelieu, tomada, como dijimos, la Rochela, ajustó lo mejor que pudo la paz con el rey de Inglaterra, y propuso y consiguió con su poderosa elocuencia en el Consejo de ministros de Francia, que se socorriese eficazmente al duque de Nevers, induciendo al mismo tiempo al Rey á ponerse en persona al frente de la expedicion. Mientras se hacian los preparativos, el conde de Nassau, comisario imperial, intimaba en Mantua al nuevo Duque que pusiese sus Estados en manos del emperador Fernando, quien enviaria ejército para ocuparlos. El Duque, que en circunstancias más apuradas se habia negado á aceptar condicion tan dura y de tan poca seguridad, animado ahora con la esperanza del próximo socorro de la Francia, se negaba con más empeño, pero en términos en que iba disfrazada la negativa, y con propuestas de una sumision algo más aparente, pero ménos gravosa, con lo cual se retiró el comisario, protestando que sería preciso apelar á la fuerza. En Marzo bajó en efecto el cardenal Ri-

chellieu con el Rey al frente de un ejército; pidió el paso al duque de Saboya, se entablaron negociaciones sin concluir nada, y despues de una accion en que consiguieron ventajas los franceses se entablaron nuevas negociaciones, y se concluyó un convenio en el cual el Duque estipuló entre otras cosas que D. Gonzalo levantaria el sitio de Casal, comprometiéndose, en caso de que no lo verificase, á unirse con los franceses para invadir el ducado de Milan. Teniéndose D. Gonzalo por muy dichoso en haber salido de aquella manera, levantó inmediatamente el sitio de Casal, en donde entró un cuerpo de tropas francesas para reforzar aquella guarnicion.

En aquella ocasion fué cuando el poeta Achillini compuso en obsequio del rey de Francia Luis XIII aquel famoso soneto que empieza

Sudate, o fuochi, a preparar metalli (1);

y otro en que le exhortaba á ir inmediatamente á librar la Tierra Santa; pero es destino de los poetas que jamas se sigan sus consejos, y si tal vez en la historia se encuentran hechos conformes con algun dictámen suyo, es preciso creer que éra cosa determinada de antemano. Ya entónces el cardenal Richelieu resolvió volver á Francia por asuntos que le parecian más urgentes.

El enviado de los venecianos, Jerónimo Soranzo, se cansó en vano en alegar razones para impedir que se llevase á

1

Fuegos, sudad en preparar metales.

Los literatos italianos censuran este soneto por sus extragavantes metáforas, que era la tendencia de los poetas de aquel siglo en que se habia corrompido el buen gusto de la poesia italiana. Algunos, sin embargo, celebran el último terceto:

Ceda la palma pur Roma a Parigi  
Che se Cesare venne, vide, e vince,  
Venne, vince e non vide il Gran Luigi.

Lo que es al rey de Francia, parece no debió desagradarle, pues aseguran algunos escritores que regaló al poeta mil luisas de plata por cada verso, esto es, ochenta y cuatro mil pesetas. Si es verdad, es un soneto bien pagado.

efecto semejante resolución, porque el Rey y el Cardenal, haciendo el mismo caso de su prosa que de los versos de Achillini, se volvieron con el grueso del ejército, dejando únicamente seis mil hombres en Susa para ocupar el paso y mantener el tratado.

Mientras por una parte se alejaba el ejército francés, se acercaba por otra el del emperador Fernando, mandado por el conde de Collalto. Invadido el país de los Grisones y la Valtelina, ya se disponía para bajar al Milanésado. Al terror que infundía este anuncio, se agregaba la funesta voz, ó por mejor decir, se tenía noticia positiva de que en aquel ejército fermentaba la peste, de la cual entonces había siempre retoños en las tropas alemanas, como dice Varchi (1) hablando de la que cien años antes habían introducido en Florencia. Á Alejandro Tadino, uno de los facultativos de la Junta de Sanidad, que se componía de seis individuos, dos médicos y cuatro magistrados, además del presidente, se le encargó, como refiere en su relación impresa en Milan el año de 1648, que hiciese presente al Gobernador general el gran peligro que amenazaba al país, si se concedía el paso, según se aseguraba, á aquellas tropas para dirigirse sobre Mantua: á lo que contestó D. Gonzalo, que no podía remediarlo, pues las razones de interés y de honor por las cuales se había puesto en movimiento aquel ejército, eran superiores al peligro que se temía; que sin embargo se tomaran las precauciones que se estimasen convenientes, y se tuviese confianza en la Providencia.

Para adoptar algún remedio, el expresado Tadino y el senador Settala, ambos médicos de la sanidad, propusieron á la Junta que se prohibiese bajo gravísimas penas el comprar ropas de clase alguna de los soldados que iban á pasar; pero no fué posible hacer comprender la conveniencia de esta precaución al presidente, hombre por otra parte de mucha bondad, pero que no podía persuadirse cómo pudiesen resultar

1. Uno de los mejores historiadores italianos.

tantas muertes del trato con los soldados alemanes y de sus ropas. Citamos este rasgo por ser de los particulares de aquel tiempo, pues es imposible que desde que hay juntas de sanidad, á ninguno de sus presidentes le haya ocurrido raciocinar así, si esto puede merecer el nombre de raciocinio.

Por lo que toca á D. Gonzalo, su respuesta á los comisionados de la Junta de Sanidad fué uno de sus últimos actos administrativos, porque el mal éxito de la guerra contribuyó á que se le removiese de su destino en aquel mismo verano. A su salida de Milan le pasó lo que cuentan algunos historiadores contemporáneos, como el primer caso de este género sucedido allí con persona de su clase.

Al salir del palacio llamado de la ciudad, entre magnates y gentes de distinción, se encontró con numerosos grupos de aldeanos, de los cuales unos se le ponían delante en el camino, y otros le seguían con gritos é imprecaciones, echándole en cara el hambre que habían sufrido por las licencias que decían haber concedido para la extracción de arroz y trigo. Á su coche, que venía detrás, arrojaban algo más que palabras, esto es, piedras y tronchos, metralla común en semejantes ocasiones. Rechazados por los soldados, se retiraron para volver en mayor número con los que se reunieron en el camino y aguardarle en la puerta llamada Ficinense, de donde debía salir en coche. Cuando llegó este con otros varios, arrojaron á todos con manos y hondas un granizo de piedras; sin embargo, la cosa no pasó adelante.

Para sucederle fué nombrado el marqués Ambrosio Espínola, cuyo nombre había adquirido en la guerra de Flandes la celebridad militar que aun conserva.

Entretanto, habiendo recibido el ejército alemán la orden definitiva de marchar contra Mantua, entró en el ducado de Milan en el mes de Setiembre.

La milicia en aquel tiempo se componía en gran parte de aventureros que alistaban ciertos jefes de profesión, bien conocidos en Italia con el nombre de *condottieri*, por comisión de este ó de aquel príncipe, y muchas veces de su propia

cuenta, para venderse luégo todos juntos. Atraíalos á aquel oficio más que la paga el aliciente del saqueo y de la licencia militar. En ningun ejército habia disciplina estable y general, ni hubiera podido conciliarse con la autoridad independiente de los varios *condottieri* (comandantes). Estos por su parte tampoco eran muy escrupulosos en materia de disciplina; y aunque hubiesen querido, no es fácil comprender cómo hubieran podido introducirla y mantenerla entre soldados de aquella calaña, que se hubieran revolucionado contra el jefe innovador á quien hubiese ocurrido la idea de abolir el saqueo, ó le hubieran dejado solo á guardar las banderas.

Ademas, como los príncipes, al ajustar aquellas gavillas, trataban más bien de tener mucha gente para asegurar la empresa, que de proporcionar el número á los medios de pagarlos. medios generalmente escasos, resultaba que las pagas solian ser tardías, á plazos y á pellizcos, y los despojos de los países amigos ó enemigos por donde se pasaba, ó en donde se hacía la guerra, venian á ser como una especie de suplemento tácitamente consentido.

Es casi tan célebre como el nombre de Wallenstein su máxima de que era más fácil mantener un ejército de cien mil hombres, que uno de doce mil. El de que vamos hablando se componia en gran parte de la gente que bajo sus órdenes asoló la Alemania en aquella guerra tan célebre por sí misma como por sus efectos, y que por su duracion tomó el nombre de guerra de los treinta años, de los cuales era aquel el oncenno. Guerreaba en este ejército su mismo regimiento mandado por su lugarteniente. La mayor parte de los demas *condottieri* habian servido bajo sus órdenes, y más de uno habia de los que cuatro años despues contribuyeron al fin desgraciado que tuvo.

Constaba este ejército de veintiocho mil infantes y siete mil caballos. Bajando de la Valtelina para ir al territorio de Mántua, tenía que costear más ó ménos todo el curso del Adá por los dos ramales del lago, y luégo como rio hasta su des-

embocadero en el Pó, que tambien tenían que costear bastante trecho, en todo ocho dias de marcha dentro del ducado de Milan.

Una gran parte de los habitantes se prevenia, huyendo á las sierras con lo mejor que tenían en su casa, y llevando por delante su poco ó mucho ganado. De los que quedaban unos eran para cuidar de algun enfermo, otros á fin de librar la casa de incendios, ó para estar á la mira de cosas escondidas ó enterradas, otros por no tener que perder, y algunos bribones por lo que pudiesen ganar. Cuando el primer trozo llegaba al paraje de hacer alto, se desbandaba prontamente por el país y los inmediatos sin más objeto que robar. Lo que podia aprovecharse ó era de fácil trasporte desaparecia, sin hablar del destrozo que hacian en lo que quedaba, de los campos desiertos, de los cortijos quemados, de los golpes, heridas, violaciones y estupro. Todos los medios empleados para evitar la rapiña eran inútiles, y muchas veces redundaban en mayor perjuicio. Los soldados, muy duchos tambien en las estratagemas de esta guerra, todo lo reconocian: derribaban paredes, rompian puertas, y en los huertos mismos, guiándose por la tierra recién movida, solian encontrar las alhajas ó el dinero escondido. No pocas veces siguiendo las sendas llegaron á robar el ganado, y hubo ocasiones en que conducidos por bribones entraron en las cuevas en busca de algunos hombres acaudalados, ocultos en ellas, los desnudaron, los arrastraron hasta el pueblo, y allí á fuerza de amenazas, golpes y tormentos, los obligaron á manifestar y entregar su dinero.

Íbanse por fin, y partidos, se oia morir á lo léjos el ruido de las cajas y de los clarines. Pasadas algunas horas de temeroso sosiego, otro maldito ruido de instrumentos marciales, que venia de la parte opuesta, anunciaba un nuevo trozo de aquel ejército devastador. No hallando ya los soldados cosa alguna que robar, hacian destrozo horrendo en cuanto encontraban. Quemaban las puertas, las ventanas, las vigas, y con frecuencia las mismas casas: aun con más rabia molestaban